

Diez años para un momento

Raffaele Oriani

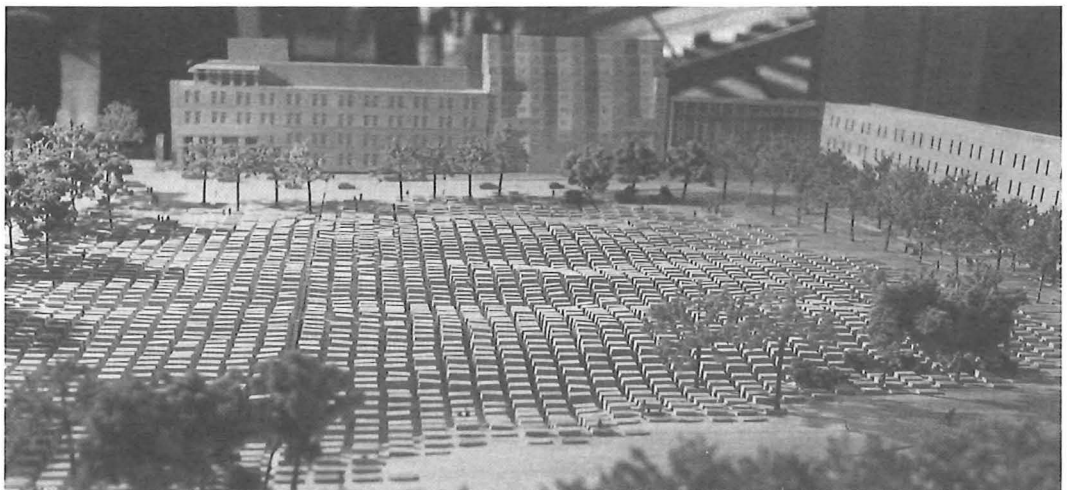
Artículo publicado en *Reset*
54, mayo-junio 1999.

Mahnmal lo llaman los alemanes. Más que un monumento una admonición, de *mahnen*, advertir, recordar, exhortar. Hace diez años que es objeto de discusión, diez años en los que la historia se ha acelerado, Alemania se ha reunificado, Europa ha integrado mercados y monedas, el gigante económico ha dejado de ser un enano político, Kohl ha vivido sus años de gloria y se ha resignado, cierto que a su pesar, a la jubilación política. Muchas cosas han cambiado en diez años, pero en Alemania el pasado siempre está ahí para exigir tributo a abuelos, padres, hijos y nietos.

En 1988, poco después de la *Historikerstreit* que enfrentó a Nolte y Habermas, a revisionistas y progresistas, un grupo privado lanzó la idea de promover un monumento a las víctimas del Holocausto. No se trataba de una estrella de David a la entrada de uno de tantos campos de concentración como hay diseminados en territorio alemán, sino de un monumento en el centro de Berlín, destinado a dar la imagen de la que en pocos años sería la nueva capital federal.

Era una propuesta previsible, pero explosiva, que ha provocado en Alemania diez años de polémicas, concursos y recursos. El primer proyecto, en efecto, preveía una enorme losa de cemen-

Peter Eisenmann
Proyecto de monumento
en Berlín



to en la que se inscribirían uno a uno los nombres de los millones de víctimas. Kohl hizo saber que no le gustaba porque el coloso de cemento habría roto la elegante *skyline* berlinesa. Otro concurso y otro vencedor: el arquitecto judío de Nueva York Peter Eisenmann presentó un proyecto con 4.700 estelas de cemento, un desierto de vida en el que perderse en el recuerdo de los seis millones de judíos. Esta vez Kohl estuvo de acuerdo, aunque las estelas quedaban reducidas a 2.500. Pero los terrenos ya se han adquirido: el bosque de cemento surgirá a espaldas de la Puerta de Brandenburgo, el símbolo que, más que ningún otro, representa en el mundo a la nueva y a la vieja Alemania.

Pero los tiempos cambian, los cancilleres pasan, la coalición roja-verde elegida el pasado otoño tiene menos urgencias de confrontarse con el pasado. Apenas proclamado vencedor, Schröder declaró que acaso fuese preferible al monumento un lugar al que «uno pudiera ir voluntariamente».

>
 Construcción de la cúpula
 del nuevo Bundestag

¿Se puede
 representar
 el horror?

Su ministro de Cultura, Naumann, comparaba la idea de Eisenmann a los proyectos megalománicos de Albert Speer, el arquitecto de confianza de Hitler. En suma, las aguas bajaban turbulentas. Y para dar, a lo que parece, el golpe de gracia a la idea del monumento vino la intervención de Martín Walser, quien se pronunció contra lo que le parecía un «monstruo de las dimensiones de un campo de fútbol». Porque, se preguntaba Walser, ¿es que debemos dejar en herencia a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos la embarazosa representación de nuestra culpa? ¿Por qué debemos resignarnos a la dificultad inmensa de ser alemanes?

Toma cuerpo entonces otra idea. En vez del *Mahnmal* que lanza una admonición y aterra, un museo, un centro de estudio para documentar y conocer aquellos crímenes que, como dice Günter Grass, «forman dolorosamente parte de nuestra identidad».

Así pues, no un lugar en el que manifestar respeto en silencio, sino un ambiente que solicite razones, una confrontación activa y ya no imperativa con el propio pasado nacional. Parece la cuadratura del círculo, pero todavía no lo es: los promotores del monumento se rebelan y relanzan la idea del homenaje claro y unívoco a las víctimas del Holocausto.

Todo está revuelto otra vez y parece incluso que la nueva Alemania está condenada a quedarse estancada en los meandros de su propio pasado. Pero ¿en verdad no hay salida del cortocircuito de la memoria? Por fortuna no es así y por fortuna un país profundamente

democrático como la República Federal cuenta con recursos para cortar públicamente los nudos que estrangularían las conciencias en su aspecto más íntimo. E incluso en casos extremos como el que nos ocupa, el primero de los recursos democráticos es el compromiso: el Bundestag se dispone ahora precisamente a decidir sobre un proyecto que concilia homenaje e investigación, silencio y urgencia de las preguntas. Será probablemente el último capítulo de esta historia interminable y la enésima variante de proyecto es una propuesta que, al lado de las estelas de cemento, contempla la construcción de un museo, tal vez incluso el mismo centro de documentación que Spielberg está organizando con los testimonios de todos los supervivientes.

A final de siglo Alemania desmiente así que tenga miedo de sí misma y se concede el lujo de la memoria: para honrar a las víctimas, pero sobre todo para marcar la distancia abismal que la separa de las masacres de otro tiempo.

